

PORNO Y LITERATURA

Construcciones estéticas y otros roles sociales

AUTORA:
ANA VALENCIANO

El movimiento anti-porno ha responsabilizado en numerosas ocasiones a este género de las violaciones colectivas, de la violencia de género, de la degradación de la mujer, de la transgresión de valores éticos, de la perversión sexual... Amenazas mundiales aparte, tanto la pornografía como la literatura son productoras de ficción que mitifican los roles sexuales y refuerzan las construcciones sociales que reafirman esos papeles. Estos dos mundos, salvando las distancias, siguen siendo difusores del conjunto de imágenes, ideas ejemplares -o no- y mitos de la tradición. Su puesta en escena es masiva y por ende su influencia es global, así que pararnos a observar con mayor determinación qué hay más allá de estas dos disciplinas resulta ineludible.

Literatura y pornografía conectan con el hemisferio emotivo, liberan nuestro deseo y nuestra creatividad, alimentan nuestras pasiones, entregarse a ellas es aproximarse a la verdad de uno mismo y aprender. Pero ¿qué conocimientos se desprenden de este aprendizaje? ¿Con qué nos acabamos quedando una vez satisfecho nuestro deseo lector/sexual?

El canon de la literatura impone representar experiencias universales, concepto que desde siempre ha sido definido por hombres blancos generalmente de la élite social, que han sido los que han tenido el poder sobre esta materia. Por su parte, la pornografía como industria no toma un camino muy diferente y se asienta en los 50 como cine o fotografía al servicio de los hombres, donde los realizadores son asimismo mayoritariamente varones. De este modo la visión mayoritaria que nos encontraremos será unilateral y el canon vendrá marcado por ello. El crítico literario Armando Gnisci afirma el difícil papel de muchas lectoras que tan sólo asumiendo la

posición masculina podrán identificarse con los personajes de la literatura; de igual forma sucede con la industria porno *hetero*, con la que la mayoría de las mujeres suelen no empatizar.

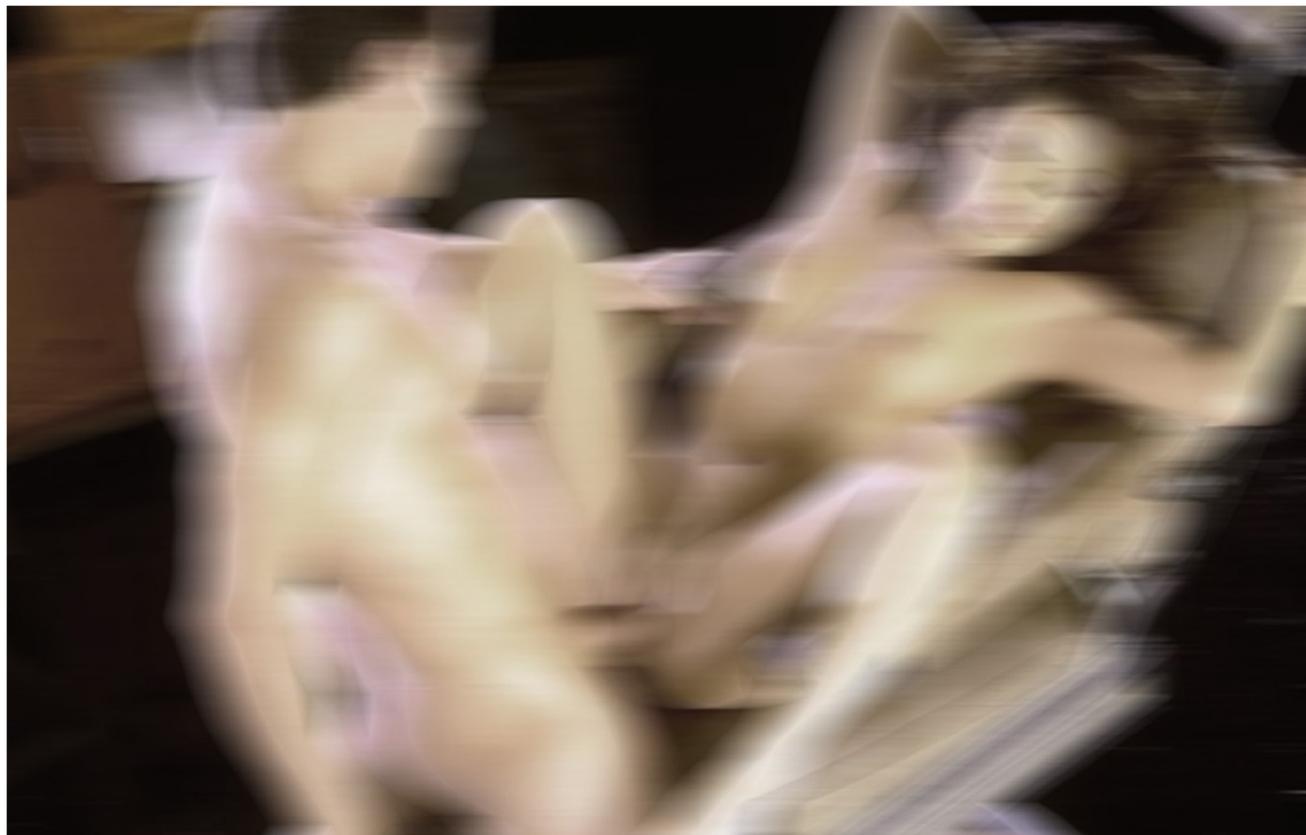
El escenario del sexo y el de las letras nos muestran personajes tipo en múltiples versiones. Se trata de elaboraciones tópicas en bucle que crean un modelo estético y de conducta que se acaba normalizando. Tras este proceso el estereotipo queda establecido socialmente como realidad, con todo lo que ello conlleva. Así se irá conformando el imaginario colectivo, a partir de un binomio muy marcado de femineidad y masculinidad regido por la ideología dominante.

Un ejemplo frecuente de este tipo de construcciones sería la *femme fatale*. Se trata del arquetipo malévolo de la mujer fría e inaccesible que atrae, fascina y destruye. Su indiferencia moral provoca deseo y sufrimiento a los demás, ella lo sabe y disfruta. Esta mujer ha creado variedad de opiniones. Para algunas feministas es una víctima de la sociedad que al encontrar impedimentos en el acceso al poder tiene que recurrir a unas destructivas artimañas femeniles. Sin embargo para otras como Virginie Despentes este tipo de mujer es ejemplo de independencia e incluso un rasgo de virilidad, lo que supondría una amenaza para los roles de género tradicionales: *“Para luchar y tener éxito se requiere estar lista para sacrificar la feminidad, porque hay que estar dispuesta a combatir, triunfar, y demostrar el poder de una. Hay que olvidarse de ser dulce, agradable, servicial, hay que autorizarse a dominar al otro, públicamente”*¹.

La *femme fatale* aparece con más fuerza en el periodo Romántico, cuando Keats escribe *La belle dame sans merci*, la historia de una mujer que seduce y traiciona, que arrastra a los hombres lejos del mundo real y luego los deja con sus sueños frustrados y sus vidas arruinadas. Es también recurrente en la novela gótica, como Matilda en *The Monk* de Matthew Lewis, que se revela como una mujer de fuerza sobrenatural y poderosa o *Carmilla* de la novela de Sheridan Le Fanu, considerado como el apoteosis de la mujer fatal, a veces atractiva, descarada y canalla, a veces poseída por el odio y convertida en vampiro.

Este concepto es análogo al de *dominatrix*, la vertiente más esperpéntica, explícita y sexual de la *femme fatale*. La idea de la dominación femenina en el sexo es una de las fantasías más comunes y atractivas para muchos hombres y mujeres, así la categoría *femdom* resulta ser una de las más visitadas. La frialdad y el empoderamiento de la mujer sobre otra persona se extienden con naturalidad como objeto de excitación. Corsés, cueros, lycra, tacones altos y lencería negra engalanan esta estética.

¹ TEORÍA KING KONG,
VIRGINIE DESPENTES.
2007



Ante el mito de la mujer fatal, seductora y perversa, aparece del otro lado un hombre fuera del ideal establecido de masculinidad, es el *hombre frágil*, el no-héroe, el hombre que no tiene ganas de proteger, el que no es agresivo ni competitivo, el que no es aventurero ni tiene liderazgo, el sensible, tímido, vulnerable, delicado, soñador o romántico... Hoy existen varias narraciones de la masculinidad y su identidad se empieza a redefinir incluyendo atributos tradicionalmente considerados femeninos. Atributos que, por otro lado, nunca habían dejado de existir.

Prueba de ello es la literatura. La decadencia del hombre heroico desarrolla en el Romanticismo un nuevo paradigma basado en la melancolía, la rebeldía, la soledad y la evasión. En la novela epistolar de Goethe, el joven *Werther* es un artista de naturaleza melancólica y delicada que no esconde su sensibilidad ni su profunda tristeza en ninguna de las cartas que manda a su amigo Guillermo. En el movimiento existencialista surgen también personajes como Gregorio Samsa en *La Metamorfosis* de Kafka, ser oprimido, carente de ambición, cuya vida pierde sentido y se llena de incompreensión y debilidad.

En la pornografía el hombre débil se construye en base al intercambio erótico del poder, como *powerless victim* y también estará sujeto a limitaciones sociales. Nuestras fantasías hablan de nosotros, el porno nos evidencia ante nuestros deseos más sinceros y aunque entre el sector *hetero* no se suela admitir públicamente, muchos hombres se excitan al pensar en ser penetrados, en desempeñar un papel más sumiso, lo cual ha sido relacionado erróneamente con un rol más femenino, más homosexual. Error. La sumisión masculina voluntaria y consensuada es considerada uno de los rituales sexuales más placenteros

al margen de la orientación sexual. El hombre dominado, rendido a una mujer o a otro hombre, en algunos casos humillado y sodomizado, la práctica más conocida como *BDSM*, es uno de los géneros porno más visitados.

De quien nadie se escandaliza es de la *femme fragile*. Ésta encarna la “belleza ideal” de mujer, que encontramos desde El libro del buen amor hasta las portadas de Rita Hayworth en la revista LIFE, y sus características son similares: “*muger hermosa, donosa e loçana*”², de larga cabellera, ojos claros, piel clara, angelical e inmaculada. Sin duda la estética prevalece a la psicología, que será más bien estática determinada por su bondad, sumisión, devoción, espíritu de sacrificio y de renuncia. Sigue el patrón de la *donna angelicata* dantesca, Beatrice, dama florentina sublimada por Dante que colma el ideal de perfección; la línea de la Dulcinea del Ingenioso Hidalgo: “*Su nombre es Dulcinea, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a las damas: que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos de cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve*”³ y de la Venus de Botticelli, donde se destaca el misterio y el engaño femeninos y se muestra el nacimiento de la femineidad purificada en su abierta y decorosa desnudez.

La *femme fragile* se encuentra en diversos tópicos, uno de ellos es la *damisela en apuros*, donde un caballero de brillante armadura -o sucedáneos, véase King Kong- debe ir a rescatarla. Es un tema clásico en el arte, la literatura y el cine, y tiene su origen en la mitología griega, donde encontramos por primera vez a una indefensa doncella: Andrómeda, hija del rey Cepheus y la reina Casiopea, está encadenada a las rocas del acantilado y es salvada por el galán Perseo del horrible monstruo marino que devoraba a las gentes del reino. Como no podía ser de otra manera Perseo y Andrómeda se acabaron casando felizmente y engendraron seis nobles vástagos. En la Edad Media aparece en los cuentos de hadas europeos como *Rapunzel* o *La bella durmiente*, popularizados posteriormente por los Hermanos Grimm. La damisela hace su debut en la novela moderna, donde la solemos encontrar en un castillo o monasterio y es amenazada por un ser despiadado, de la nobleza o de la orden religiosa. Finalmente siempre aparece un valeroso héroe que salva a ¡oh! la *femme*.

La erótica siempre ha jugado con la inmovilización del cuerpo y la impotencia del deseo sexual que esto provoca. Así bien, muchos hombres y mujeres recrean esa ficción en la que una persona está atada e indefensa y otra que asume el rol de villano, es la práctica estético-erótica conocida como *bondage*. Este término tiene su origen en la Edad Media y se usaba para referirse a los siervos de la gleba, sistema por el que los aprendices quedaban sujetos a sus

2. *EL LIBRO DEL BUEN AMOR*. ARCIPRESTE DE HITA. 2002.

3. *DON QUIJOTE DE LA MANCHA*. MIGUEL DE CERVANTES SA- AVEDRA. 2004.



amos durante un periodo, y acabó usándose para hablar de la esclavitud en general. La liberación de inhibiciones o responsabilidades y la adrenalina que produce el peligro simbólico, son las razones más frecuentes por las que tantas personas disfrutaban esta práctica. Máscaras, vendas, cuerdas, lazos, mordazas y *plags* constituyen el hardware sexual del *bondage*.

La *ingenua* es otro papel típico de la literatura, esta *femme fragile* es un personaje pueril, sensible, inclinado al amor, crédula y fácil de engañar, siempre vulnerable a los engaños del libertino, que suele ser un personaje alejado de toda moral, lascivo y caprichoso. Es por lo general amante del vino, de las mujeres y del juego. La ingenua más célebre, “*Lo-li-ta, pecado mío, alma mía*” de Nabokov, es una joven de doce años que despierta los deseos de hombres de mediana edad, como Humbert que queda embelesado con su belleza inocente, o Quilty un artista americano que no oculta su pasión pedófila, rapta a Lolita y la convierte en víctima de la pornografía.

La atracción entre personas adultas y jóvenes (mayores de edad) es hoy en día un tema más sometido a la opinión pública que antaño. Esta tendencia es recurrente en la literatura, el cine y por consiguiente, el porno. La divina e inexperta juventud se convierte en objeto sexual para hombres y mujeres en todo el mundo, del mismo modo que el cuerpo adulto y doctorado en el devenir sexual se convierte en todo un fetiche para muchos y muchas jóvenes. *Teen porn (+18)*, *Young girls*, *Old/Young* o *Milf* son las categorías que abordan el deseo hacia el ser (in)experimentado.

Sin duda, el personaje más repetido y vitoreado por la historia de la literatura y el porno no es otro que el *hombre heroico*. Si nos remontamos a la Creta minoica encontramos la última de las grandes sociedades occidentales que exaltó las fuerzas femeninas. Tras la caída de este pueblo, no sólo no volvieron a levantarse sino que el vínculo entre sexo femenino y fuerza fue erradicado. La que sí sobrevivió fue la cultura guerrera micénica, que nos llegó a través de Homero y dejó su sello en la tradición hasta nuestros días. El héroe guerrero que lleva a cabo actos heroicos en batalla, representa en el mundo clásico la virtud, la *areté*, que sólo corresponde a la nobleza y a las clases dominantes por su sentido del deber y honradez natural, claro está. Los valores heroicos quedan sujetos al modelo de valores positivos socialmente de la época, así en la Edad Media,

los valores cristianos imponen el ideal caballeresco, como El Cid que encarna todo el ideal de virtud y honorabilidad medieval, convirtiéndose en un símbolo para la posteridad. Las aventuras de caballería tienen curiosamente su culminación a finales del Medievo, precisamente cuando la burguesía irrumpe en el poder y el anuncio de una nueva época amenaza al orden social. No es sino una campaña de imagen para fortalecer sus estructuras, que parecían volcadas a la debacle. El discurso literario funciona así como constructor simbólico de identidades sociales. *Hércules, Odiseo, el rey Arturo, Robison Crusoe, Sherlock Holmes, Tarzán, Superman, Flash Gordon...* Y así todo el rato.

En general la industria equis también ha girado en torno al hombre, que no podía ser otra cosa que heroico, al establecerse mayoritariamente como protagonista del film. La estrella será, por tanto, el falo del susodicho héroe que aparecerá en abundantes secuencias y estará siempre acompañado de las más extraordinarias vaginas, damiselas del sur. La *heteronorma* abarrota la red de clichés que evidencian el letargo del sector. El momento heroico prevalece sobre todas las escenas. De este modo cada vez son más suprimidos los *interludios textiles*, los diálogos y los preliminares, para reducir todo a la hazaña homérica. Y al grito de: ¡más breve!, se alzan los tres gloriosos segundos de eyaculación bucal o facial del macho, del héroe. “Yo ya ¿y tú?” No, no. “Yo ya.” Fin de la historia. Este tipo de pornografía genera un imaginario global que establece la sexualidad en torno al sujeto masculino.

Tanto pornografía como literatura acaban reforzando las construcciones del *biopoder* en sus más estéticas, materiales y caracterizadas dimensiones. El *biopoder* es el ejercicio del poder por medio del cuerpo y a través de él. Es una forma de normalizar ciertos cuerpos y de desnaturalizar otros -aquellos que no se ajustan a parámetros estables, definidos y productivos- para así legitimar lo que sirve para el beneficio del poder y de sus mecanismos. El cuerpo condiciona el rol en esta sociedad y varía según lo normalizado que esté. Pero toda limitación genera una respuesta y estas construcciones estéticas, estas fórmulas tan repetidas, ya se consumieron y llegaron al hastío en su momento. Las sexualidades se multiplicaron, el contexto cambió, los intereses, las necesidades, los individuos y finalmente, los cuerpos. Los códigos, símbolos, certezas, mitos y valores consolidados en la literatura y el porno se pervirtieron. Desde Woodstock ya no nos sorprende nada, todos los cuerpos valen, la excentricidad se normaliza, la gente extraña es *mainstream*, el cosmos se plastifica, el frikismo coloniza las principales capitales europeas, la deformación cotiza al alza, todo se transforma, los agujeros ya no se cierran, se agrandan, las mujeres penetran, Dios es un yonki sin dientes que colabora en un programa de debate político en la televisión y el *punk* se cuele en la Iglesia. Pero nada sorprende y los ventrílocuos del *biopoder* se llevan las manos a la cabeza. Crisis, Occidente se desestabiliza, falta de identidad, ya sólo quedan deconstrucciones estéticas y perversos polimorfos.

Hoy, la tradición es transgresión.●